

María del Carmen
Domínguez Matos

Un acercamiento teórico a las tendencias del pensamiento social cubano en el contexto de la Revolución

Para determinar los presupuestos teóricos y metodológicos que caracterizan las ideas y el pensamiento social cubano, se deben establecer los nexos que existen entre éste como singularidad y la universalidad que hace suya como parte del proceso gestor de las ideas en América Latina a través de las que se expresan los vínculos con sistemas ideológicos de otras latitudes.

Respecto a este tema existen varios estudios sobre las ideas en América Latina y Cuba, tal es el caso de I. Monal (1985), P. Guadarrama (1986), E. Ubieta (1993), O. Miranda (1995), P. Guadarrama y M. Rojas (1998), C. Vitier (2008), entre otros estudiosos del tema. Por otra parte, existen trabajos más contextuales de la realidad cubana, que profundizan en los rasgos identitarios del pensamiento y las ideas en Cuba y sus tendencias más importantes, como son: R. Hernández (2003), E. Torres-Cuevas (2003; 2006), y F. Martínez Heredia (2007; 2008) y M. González (2012).¹

¹ No es posible referenciar a todos los autores que a través de la historia de las ideas en Cuba han dedicado esfuerzos ante esta problemática, solo referenciamos los que a criterio de la autora han servido de conexión en su estudio.

Sería ingenuo afirmar que existe una comunión absoluta de ideas entre todos ellos; sin embargo, es válido reconocer la defensa de una postura orgánica en el sentido gramsciano de una línea que desde la defensa de la independencia, en tanto, Patria, coincide con el anticolonialismo y el socialismo de liberación nacional, a partir de la asunción de un marxismo electivo, con profundas raíces en la historia de las ideas en Cuba; por eso, es la defensa de la independencia la que provee de la substancia que cualifica la existencia de un pensamiento que refrenda el ser de la cubanidad, surgida en el crisol y fragua de la nación, sin detener su desarrollo, solo al enriquecer su contenido y tomar en cuenta cada etapa por las que ha transitado nuestra historia en las últimas centurias.

Las ideas y su historia en Cuba tienen sus antecedentes en una valiosa bibliografía que sobre el tema existe desde la primera mitad del siglo XIX con la obra *La filosofía en La Habana*, de José Zacarías González del Valle (1839). A este le siguen los textos de José Manuel Mestre (1861), *De la filosofía en La Habana*, quien se considera «pionero de los estudios historiográficos de la filosofía en Cuba».²

Ya en las primeras décadas del siglo XX aparecen los textos de Medardo Vitier (1938), (1948); Roberto Agramonte (1949), (1950); Humberto Piñera Llera (1951), (1960); y Carlos Rafael Rodríguez (1987). A partir de la década de los sesenta se publi-

I. Monal: *Las Ideas en América Latina*. Casa de las Américas, La Habana, 1986. P. Guadarrama: *Valoraciones del pensamiento cubano y latinoamericano*, Editora Política, La Habana, 1985. Enrique Ubieta: *Ensayos de Identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993. O. Miranda: «El marxismo en el ideal emancipador cubano durante la República neocolonial», en *Temas* (3), 1995. P. Guadarrama y M. Rojas: *Las ideas filosóficas en Cuba (1900-1960)*; Editorial Félix Varela, La Habana, 1998. Cintio Vitier: *Ese Sol del Mundo Moral*, Ediciones Unión, Uneac, La Habana, 2008. R. Hernández: *Sin urna de cristal. Notas al pensamiento cubano contemporáneo*, Centro Cultural Juan Marinello, La Habana, 2003. E. Torres-Cuevas: *Dos siglos de pensamiento de liberación cubano*, Editorial Imagen Contemporánea, La Habana, 2003. E. Torres-Cuevas: *En busca de la cubanidad*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006. F. Martínez Heredia: *La Revolución Cubana del 30. Ensayos*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2007. F. Martínez: *El ejercicio de pensar*. Ruth Casa Editorial, La Habana, 2008. Mely del Rosario González Aróstegui: *Cuba 1902-1921 una cultura de resistencia y liberación*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2012.

² P. Guadarrama y M. Rojas: *Ob. cit.*, p. 3.

can varios textos sobre esta problemática en Cuba y el extranjero, así pueden mencionarse los textos de Cintio Vitier (1975), José Antonio Portuondo (1975), Oleg Ternovoi (1981); Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro (1984), Isabel Monal (1985), Pablo Guadarrama y Edel Tussel (1986); Olivia Miranda (1995), Joaquín Santana Castillo (1995); Fernando Martínez Heredia (1995; 2010), Miguel Rojas (1998), Eduardo Torres-Cuevas (2006), Mely González Aróstegui (2012), entre los más representativos dentro del tema propuesto.

El primer rasgo que define este fenómeno estriba en:

[aunque] la mayoría de los pensadores cubanos no se hayan propuesto construir un sistema conceptual (filosófico, científico, estético), sino exponer un tipo de conocimiento inspirado en una raigambre teórica múltiple-ecléctica [...], ese pensamiento ha estado inmerso en un flujo cultural, a la vez que cívico en última instancia, ideológico y político, y ha aportado una particular elucidación e interacción con el mundo real.³

Es cierto que la no construcción de grandes sistemas teóricos es una característica propia del pensar en Latinoamérica, de la que Cuba no escapa. De ahí el electivismo filosófico que se hereda desde la concepción propuesta por el Padre José Agustín Caballero y que está presente en el discurso de todos los pensadores cubanos: «Es más conveniente al filósofo, incluso al cristiano, seguir varias escuelas a voluntad, que elegir una sola a que adscribirse».⁴

Esta forma de interpretar la realidad y apropiarse de ella para la construcción de un pensamiento que sea capaz de reflexionar y encontrar respuestas a su entorno, es la tradición que sostiene el más importante discípulo del padre Caballero, el sacerdote Félix Varela. Con Varela se inaugura lo que el profesor e investigador Eduardo Torres-Cuevas reconoce como «la génesis del pensamiento de liberación»⁵ en nuestra patria.

³ R. Hernández: Sin urna de cristal. Notas al pensamiento cubano contemporáneo, Centro Cultural Juan Marinello, La Habana, 2003, p. 12.

⁴ José Agustín Caballero: «Philosophia Electiva», en Obras, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1999, p. 146.

⁵ Eduardo Torres-Cuevas: «Félix Varela: génesis del pensamiento de liberación cubano», en Dos siglos de pensamiento de liberación cubano, Editorial Imagen Contemporánea, La Habana, 2003, p. 33.

Es este presbítero quien con su sagacidad intelectual y su alto compromiso patrio formó la primera generación que comenzó a sentir y pensar como cubanos, en su tránsito del ideario reformista hacia el independentismo, al incorporar en su centro el patriotismo, explicado en su sentido ético como virtud y amor, como forja del hogar común, como la Patria. El alcanzar la independencia tenía un costo político importante, a saber: fundar y crear la patria nueva. Para ello se necesita liberar al pensamiento de sus ataduras escolásticas y poner en marcha el conocimiento de las ciencias y el pensamiento modernos.

En la obra varelina se determinan los niveles en los que debe transitar la «liberación del pensamiento» que permitirá fundamentar el «pensamiento de la liberación», desde el estudio de la producción de ideas, al pasar por las ciencias, el hombre, la sociedad y llegar a la nación, como espacio fundacional y de creación del nuevo ethos, que será la cubanidad.

Sin dudas, el más ilustre y trascendente discente de Varela fue José de la Luz y Caballero, quien tuvo la responsabilidad de continuar fraguando desde las aulas de El Salvador a la generación del '68, dentro de ellos al ilustre Rafael María de Mendive, quien fuera el maestro y padre espiritual del máximo exponente del ideal patriótico cubano de todos los tiempos: José Martí.

Es cierto que Martí deviene pensador en la síntesis renovada y superada de toda la producción intelectual anterior a él pero también de sus contemporáneos. En su prédica revolucionaria prima el interés no solo por el tema de la independencia cubana, sino de todo el entorno de fenómenos descritos en sus discursos, crónicas y escenas, que muestran el injerencismo norteamericano y europeo hacia los pueblos nuestros, y el peligro que se cierne sobre ellos.

Su visión antimperialista reafirma la lucha de que es insoslayable la integración latinoamericana, sueño frustrado de Bolívar y que por las intrigas y desaciertos políticos de los primeros caudillos de la revolución continental facilitaron al coloniaje continuar viviendo en las repúblicas.⁶

Pero es Martí también la figura que con su acción y pensamiento permitió la continuidad ideológica dentro de la neocolonia

⁶ José Martí: «Nuestra América», en *Nuestra América Combate*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, pp. 74-84.

cubana; por cuanto la República se fundó marcada por la presencia imperialista con los lacayos que se plegaron a sus intereses, pero que encontró entre la intelectualidad cubana la resistencia cultural, al seguir optando por la liberación y la lucha por la independencia real, inspirados en la herencia del Maestro.⁷

Esa fue la máxima de los jóvenes de la generación del 30,⁸ y luego la del Centenario del Apóstol, entregados a la Revolución, a la liberación nacional desde el patriotismo antimperialista y el civismo ético de nuestros padres fundadores. Esa síntesis entre civismo y política, entre civismo e ideología, es la vía que tenemos para enfrentar los problemas que en la realidad del cubano se presentan, porque de ella emana el constructo teórico desde donde se puede explicar lo que identifica la esencia del pensamiento social cubano; en el espíritu vareliano continúa siendo la liberación del pensamiento y el pensamiento de liberación.

Varios autores se han propuesto definiciones sobre el tema, como es el caso de R. Hernández, para quien el pensamiento social es también «el conocimiento acumulado sobre la sociedad cubana»,⁹ que a falta de una institucionalidad organizada existió y trazó los caminos del devenir de la ideología en la isla hasta 1959. Solo el fenómeno de la Revolución cubana como proceso cultural ha permitido la organización centralizada de un discurso profundo, crítico, analítico, que ha podido insertar lo ético-político en la reinterpretación de nuestra historia.

Sin embargo, según este autor, construir esa historia ha sido «a lo largo de las décadas subsiguientes, una tarea pospuesta y pendiente aún».¹⁰ Esto se relaciona con una serie de causas que parten del análisis contextual de cada etapa por la que transita la experiencia revolucionaria y que se identifica en su periodización con las décadas a partir de las cuales se pueden establecer las generalizaciones propias de cada momento.

En esta misma perspectiva se encuentra el análisis que realiza Mayra Espina en el texto que compila Rafael Hernández. En su ensayo realiza un balance crítico de las características del pen-

⁷ Mely del Rosario González Aróstegui: Cuba 1902-1921: una cultura de resistencia y liberación, Editorial Félix Varela, La Habana, 2012.

⁸ F. Martínez Heredia: La Revolución Cubana del 30. Ensayos, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

⁹ R. Hernández: Ob. cit., p. 12.

¹⁰ Ídem.

samiento social y en particular de los derroteros de las ciencias sociales en el país a partir del período revolucionario. En este sentido considera que las ciencias sociales:

[...] han descrito una trayectoria irregular, matizada por una fase inicial de elevada creatividad, bajo el impulso de la revolución popular triunfante, pasando por un largo período de retraimiento, seguido de una tímida recuperación, hasta desembocar en un momento donde la realidad las coloca potencialmente en un sitio de alta relevancia, por las funciones que deberían cumplir.¹¹

Esta idea se complementa con el artículo de Miguel Limia David: «Tendencias principales en el pensamiento filosófico cubano de los últimos años», en el cual considera que la reflexión filosófica como parte del entramado que es el pensamiento social en su relación con la política, no puede reducirse a su «función táctico-instrumental» dentro de la sociedad, sino que en su constante redefinición debe ser argumentada de acuerdo con las «finalidades emancipatorias y dignificadoras» del sujeto, que preservan su carácter esencialmente humanista.¹²

En esta misma orientación se ubica el análisis que realiza F. Martínez Heredia (2010) en su ensayo «Pensamiento social y política de la Revolución», que incluye también las principales tendencias en que se manifiesta éste en el proceso histórico desde el siglo XIX y se expande hasta la primera mitad del XX. Este fenómeno adquirió matices y diferencias radicales a partir del triunfo de la Revolución en 1959; por cuanto, hay momentos en que se ponderaron algunas tendencias, pero, esencialmente, el pensamiento cubano ha mantenido su esencia. Para este autor:

El pensamiento social, como lo entiendo, está vinculado a las concepciones más generales que se tengan de la materia social, desde los modos de emprender su conocimiento y las normas, conceptos previos y fronteras que se oponen a esos procesos intelectuales, y las pertenencias ideológicas de los implicados. [...] también está vinculado a los cuerpos

¹¹ M. Espina: «La hora de las ciencias sociales en Cuba», p. 45, en Rafael Hernández (comp.): Sin urna de cristal. Notas al pensamiento cubano contemporáneo, La Habana, 2003.

¹² David M. Limia: «Tendencias principales en el pensamiento filosófico cubano de los últimos años», p. 54, en Rafael Hernández (comp.): Sin urna de cristal. Notas al pensamiento cubano contemporáneo, La Habana, 2003. Ob. cit., p. 54.

epistemológicos más precisos, atinentes a terrenos especificados del conocimiento social, y a los discursos con que se manifiestan. El pensamiento social incluye trabajos acerca de determinadas materias sociales o de los propios procesos intelectuales, que tienen como objetivo analizar, darle vehículo a las instituciones, buscar interrogantes, conocimientos, comparaciones e incluso pronósticos, y exponer en síntesis coherentes y eficaces el material al que se ha arribado y las ideas del autor.¹³

Existe coincidencia en que hablar de pensamiento social incluye la toma de conciencia por parte de los protagonistas de su época y también de su pertenencia o filiación ideológica, política, religiosa, filosófica, artística, ética; como expresión de las condiciones sociales (económicas) que regulan el movimiento de las ideas en cada momento histórico.

Siguiendo la lógica en la exposición de Martínez Heredia, se destaca la existencia en Cuba de un pensamiento social que desde sus orígenes se ha sustentado en las ideas del liberalismo, el patriotismo, el antimperialismo, el democratismo, las ideas de justicia social y el socialismo.¹⁴

Cada una de ellas es el reflejo de la condición clasista de sus exponentes, por esto al hablar de pensamiento liberal se alude a una manifestación, que identificada con el imaginario burgués, no trascendió los límites de esta; aunque es innegable el aporte que hicieron a partir de sus diferentes expresiones en la filosofía, la sociología, la axiología, la historia, la antropología y la economía.

De acuerdo con la línea del democratismo, se alude al movimiento de ideas que se generó en el país en torno al fenómeno de la constitucionalidad y que asume la «democracia como un valor político y de convivencia social fundamental, y la acción política electoral como un vehículo idóneo para cambiar o mejorar»¹⁵ el sistema de gobernabilidad creado y sus nexos con todos los estratos y clases sociales orientado hacia el beneficio social.

Entre estas dos direcciones existieron puntos de contacto, si se tiene en cuenta que de alguna manera buscaban legitimar el

¹³ F. Martínez: El ejercicio de pensar, Ruth Casa Editorial, La Habana, 2008, p. 7.

¹⁴ F. Martínez Heredia: Ob. cit., p. 16.

¹⁵ *Ibidem*, p. 18.

estatus generado desde 1902 en el país. Si la propuesta de la segunda república era capaz de funcionar desde todas sus interrelaciones (sistema de gobierno, sociedad civil y sistema de partidos políticos), entonces sería posible evitar otro movimiento revolucionario, de magnitudes similares al acontecido en la década de los treinta. Al democratizar el país se afianzaba la hegemonía del estado burgués, aliado en su mayoría al entre-guismo y a favor de los intereses norteamericanos.

Por otra parte, las ideas patrióticas han estado insertas en la espiritualidad cubana desde que se iniciaron las gestas independentistas, y adquieren una singular representación en el proceso de preparación de la guerra necesaria, que solo se realizan con la Revolución triunfante de 1959. Varios autores que han investigado esta problemática establecen el nexo entre patria y nación como fundamento de esta idea que trasciende los límites de la concepción burguesa de Estado-Nación.

A esta defensa de la soberanía nacional se le incorpora el antimperialismo que se funde de una manera peculiar en la obra martiana y que se consolida en el período neocolonial durante los sucesos de la Revolución del 30. Este último tuvo una «historia muy accidentada»,¹⁶ pero se mantuvo de forma latente entre los pensadores más comprometidos del período, hasta trascender al punto de ocupar un lugar esencial en la ideología de la Revolución desde sus primeros años.

Unido a estas manifestaciones del pensamiento se desarrollan, también, las ideas de justicia social como manifestación de los intereses de los sectores excluidos en su realización política. Estas fueron profesadas por socialistas y demócratas liberales; pues presuponían la defensa de los derechos contemplados en los programas antiesclavistas, antirracistas y en contra de la explotación de todos los marginados de la sociedad cubana desde el siglo XIX.

Como parte de esa profusión de ideas llegaron las de corte socialista a la Isla, que alcanzaron su esplendor durante la década de los treinta. Estas estuvieron vinculadas a los que militaban en el partido comunista y, por ende, a la versión estalinista propuesta, además de la existencia de un grupo de pensadores y simpatizantes sin vínculo alguno con la organización. Fue por

¹⁶ F. Martínez: La Revolución Cubana del 30. Ensayos, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

esas dos vías que el socialismo se constituyó en una de las formas en que se expresó el pensamiento social hasta 1959.

Todas estas tendencias convergieron en un espacio de radicalidad política como lo fue el triunfo y consolidación del proceso revolucionario, que transitó de una etapa de liberación nacional, agraria y antimperialista a la declaración del contenido socialista de su orientación. Este dinámico y contradictorio fenómeno exigió de una reevaluación de las principales manifestaciones del pensar: a saber, la emergencia de la praxis obligó a validar las formas en que hasta ese momento se habían construido las distintas formas de expresión de la conciencia social.

Los nuevos acontecimientos dieron lugar a fuertes exigencias para el pensamiento social; se consideró como la opción factible, la asunción del marxismo como ideología, y por esto las nuevas ideas y proyectos debían estar orientados en esa línea. Esta situación provocó una agudización de la lucha de clases no solo en el período inicial sino que ha sido una constante durante los años de la Revolución en el poder.¹⁷

Este hecho planteó al pensamiento social una disyuntiva, por una parte asumir el marxismo fue un salto en el desarrollo ideológico de los cubanos, pero ante esta realidad se imponía el reto de poder estructurar las diversas tendencias de nuestro pensamiento cubano con el proyecto socialista y marxista, en tanto la Revolución se sentía heredera y portadora de ellas. En la manera en que se encontrara la solución no se podía perder de vista el sentido ético-humanista, el carácter patriótico de nuestras luchas emancipadoras y la preservación de la unidad del pueblo en torno al proceso de liberación nacional.

Esta contradicción movió las polémicas en torno al pensamiento social durante los primeros años de existencia de la Revolución en los que el patriotismo radical fue su baluarte. Sin embargo, a partir de los setenta, con la preponderancia que adquirió la ideología marxista soviética se ponderaron los contenidos acerca del rumbo socialista, sus métodos y vías, en detri-

¹⁷ Ver Yohanka León del Río: «Avatares del marxismo en la década de los sesenta en Cuba»; Natasha Gómez Velázquez: «La divulgación del marxismo en la revista Pensamiento Crítico»; Fidel Díaz Sosa: «El proceso de difusión del marxismo soviético en Cuba. Apuntes preliminares»; Yadira García Rodríguez: «1959-1960: crónica de una polémica ideológica en torno al rumbo de la Revolución Cubana», en *Marxismo y Revolución*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

mento de las ideas que habían conformado los espacios de debate en el período anterior al triunfo revolucionario. Se abrió una etapa de empobrecimiento, dogmatización y poco desarrollo del pensamiento social,¹⁸ y que se extendió hasta el inicio del proceso de rectificación de errores y tendencias negativas.

En tantos años de carencia en el debate ideológico desde una postura crítica y renovadora, se insertó en la base del pensamiento social un espíritu que ha hecho mella en las tareas propuestas dentro de la reformulación teórica del proceso cubano. Incluso en los momentos en que se convoca al diálogo y al debate —finales de los ochenta e inicio de los noventa— este se vuelve formal y pálido. Solo a mediados de la década de los noventa, cuando arrecia el Período Especial, empiezan las reflexiones críticas a tocar los marcados espacios que impusieron normas y metas para la vida social, más allá de las posibilidades reales de nuestro proceso.

A criterio de esta autora la Revolución produjo un cambio en el flujo cultural en Cuba pues potenció la síntesis de las diversas tendencias en el conglomerado que era el pensamiento social; dentro de esa multiplicidad de ideas se intentó encontrar el marco de referencia en una realidad que se modificaba continuamente y que comenzaba a legitimar una visión del marxismo, que se había insertado en un sector de los seguidores del socialismo, en el período pre-revolucionario, vinculados en su mayoría a la línea impuesta a los partidos comunistas desde la III Internacional.

Esto condujo a explicar desde una nueva perspectiva, el contenido de nuestras luchas independentistas, el patriotismo y el antimperialismo forjado desde la oposición al anexionismo de las primeras décadas del XIX y que alcanza en la obra de José Martí su máximo exponente. Ambas expresiones de pensamiento trazaron la línea de continuidad hasta el siglo XX, en tanto la defensa de la independencia nacional es una manifestación de la lucha contra el imperialismo y toda forma de injusticia social.

El ideal socialista cubano, construido en el bregar del tiempo, desde la segunda mitad del siglo XX, ha insistido en la simbiosis que se produce entre las ideas de patriotismo, justicia social y

¹⁸ Ver diez rasgos del pensamiento social en los sesenta, en F. Martínez Heredia: «Pensamiento social y política de la Revolución», en *El Ejercicio de Pensar*, Ruth Casa Editorial, La Habana, 2008, pp. 41-43.

antimperialismo como baluartes en la defensa y preservación del proyecto revolucionario declarado y reafirmado socialista amén de las limitaciones y errores cometidos en su devenir histórico. Esa continuidad ha sido el garante de la autenticidad del proceso cubano en tanto ha sabido enriquecer la práctica del socialismo y de la teoría del marxismo desde una realidad latinoamericanista y tercermundista.